

marchamos ciegos; nos juramos diez años obrar con cordura, y luego un día nos damos cuenta de que somos unos grandes locos. Tú tendrás el bienestar y la estimación, yo, *probablemente*, algo de renombre, ¿es esto suficiente para estar seguros de vivir felices, cuando un capricho infantil nos sumerge en el dolor, si no podemos satisfacerle? En verdad te digo: no vendamos la piel del oso antes de haberle matado; no riarnos antes de haber encontrado una causa de alegría. O antes bien ¡voto á bríos! riarnos, riarnos hasta no poder más, riámonos de los demás, de nosotros, del Universo entero. Por lo menos uno se atolondra.

Cézanne me hablaba de tí. Confiesa su error y me asegura que va á cambiar de carácter. Cuando dé comienzo á esta represión, pienso darle mi consejo sobre su manera de obrar; no hubiera empezado todavía, pero creo que es inútil por ahora esperar al mes de agosto para intentar vuestra aproximación.

Espero todos los días carta tuya. Hace quince, me hiciste la promesa de ser más exacto y aguardo los efectos. Cuanto á mí, si me he retardado, no tengo ninguna culpa; estuve algo indispuerto y por no haberme esperado acabo esta carta en la oficina; arman á mí alrededor una algarabía espantosa, sé, pues, indulgente con la segunda parte de esta misiva. El tiempo se serena. El domingo fuí á distraerme al bosque de Vicennes: el ruiseñor cantaba, el cielo estaba azul, sin nubes. ¡Ay! esta no es, sin embargo, mi bella Provenza—bello país, sucios habitantes. No quiero enfadarte, al menos. Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

IX

Aux Docks, 14 de mayo, á las tres.

Mi querido Baille:

Nada llega.—Me decido á enviarte esta carta.

En vano esperé hasta ahora una carta tuya para contestar á aquello de que me hablastes y hacer por lo mismo ésta más interesante para tí. Pero no viendo venir nada, viendo la naturaleza que verdea y el camino que se empolva, he pensado que sería bueno no esperar más una cosa tan rara, tan poco segura como una de tus cartas. Realmente acabaré por encolerizarme; si no me hubieras prometido nada, pase; pero desde el momento en que me trazas un bello programa donde me anuncias una avalancha de cartas ¿no tengo razón en exigirte cuando dejas pasar un mes largo en silencio como un turco acurrucado? Estoy seguro de que te acusarás á tí mismo. ¡Qué diablo! Los *mea culpa* son buenos para las bellas pecadoras, que no se golpean el pecho más que para poder pecar en seguida con más libertad. Tú, un hombre razonable, un sabio, ¿no sientes vergüenza conociendo tu pecado en volver á caer? Baille, Baille, mi dulce amigo, me voy á enfadar.

A las cosas serias. Como te he dicho, he escrito á Cézanne hablándole de la frialdad con que te había recibido. No puedo hacer cosa mejor que transcribirte las palabras que á este propósito me ha dirigido; aquí las tienes:

«Abrigas el temor, según se desprende de tu última carta, de que se debilita mi amistad con Baille. ¡Oh! no, porque, voto á bríos, es un buen muchacho; pero sabes que con mi carácter especial, no sé muy bien

lo que hago, y por consiguiente si estaba engañado con respeto á él, con seguridad que me lo perdona. Por otra parte, sabes que somos muy parecidos, pero apruebo lo que dices porque tienes razón. Por consiguiente somos siempre muy amigos.»

Ya lo ves, mi querido Baille, yo había juzgado bien que ésta no era más que una ligera nube que se desvanecería al primer soplo de viento. Ya te había dicho que este pobre viejo no sabe siempre lo que hace, como confiesa agradablemente él mismo, y que cuando él está desazonado, no falta con el corazón sino que un mal demonio obscurece su pensamiento. Te repito que es un alma de oro, un amigo que puede comprendernos, tan loco y tan soñador como nosotros. Me parece que no conoce las cartas cambiadas entre nosotros con motivo de vuestro silencio; hace lo mismo que cree que yo hago á escondidas contigo, ignora, en una palabra, que tú te has quejado de él, que habéis estado malquistos un instante. En cuanto á tu conducta respecto á él, hasta el mes de agosto, época en que empezarán de nuevo nuestras bellas excursiones, debe ser la siguiente—todo esto según mi buen entender:—le escribirás regularmente algunas cartas, sin quejarte demasiado de los retardos que pueda tener para contestarte; que estas cartas sean como las pasadas afectuosas, sobre todo exentas de toda alusión, de todo recuerdo que pudiera renovar vuestro ligero disgusto; en una palabra, que todo siga entre vosotros como si nada hubiese pasado. Lo que curamos es una convalecencia y si no queremos recaer evitemos las imprudencias. Comprendes sin duda que lo que me hace hablar así es el temor de ver que se rompe nuestro amigable triunvirato. Así excusarás mi tono pedantesco, mis temores exagerados y mis precauciones probablemente inútiles, colocándolo todo sobre la amistad que os profeso á los dos.

Quisiera hacerte comprender mi enfermedad moral.—Cuando lanzo una mirada al horizonte me veo solo;

nada llama la atención de mi vista; ni odio ni amor. Me pregunto angustiado si no tengo corazón, si el cielo me hizo tan miserable que no soy más que un montón de cieno incapaz de brillar. La soledad, la soledad sin forma, vé ahí lo que me horroriza; y esta soledad, cosa extraña, me la he creado yo; yo que no creyendo á nadie digno de mi confianza, he quedado sin amigos, sin amada, en este inmenso París; yo que por el temor de no ser comprendido no he dicho nada ni confiado nada. ¿Soy yo, pues, un necio orgulloso? Me juzgo severamente y por consiguiente me creo exento de orgullo. He obrado así, me he encerrado, egoísta, con mis alegrías y mis dolores, y es que hasta la presente no he tropezado con un alma que simpatice con la mía; es que me he agitado en un mundo de imbéciles, sin corazón, en la mayor parte. La soledad, ¡oh Dios mío! La soledad poblada de queridas visiones, es muy tranquila, muy dulce; pero llega un momento en que los sueños no le bastan al poeta en que su alma no puede alimentarse de sombras vanas. Entonces busca á su alrededor aquello que vió en sueños; pero no lo encuentra y sufre. Quiere volver á su sueño, pero su sueño no quiere volver á él. La soledad no le parece más que un inmenso abismo, y sufre; sufre siempre por todo.—A veces voy á un teatro, á una plaza pública para atolondrarme; pero cuando por la noche me encuentro solo en mi cama, mi corazón se encoge horriblemente; me encuentro solo de cuerpo y solo de alma. Busco en vano agarrarme á la vida; quisiera tener una esperanza que me hiciese vivir hoy para mañana, quisiera, en una palabra, vivir. Pero siempre se extiende el gran desierto delante de mí; ¿á qué la alegría, á qué el dolor, si este dolor y esta alegría no son más que para mí y no puedo compartirlos con una alma hermana? En verdad, mi pobre viejo, estoy bien enfermo; me hace falta una decisión suprema para salir de esto. ¿Tendré el valor de tomarla?

Acabo de decir que no había encontrado ningún alma que simpatizase con la mía. Tú sabes bien lo contrario; Cézanne también; pero ¡estáis tan lejos, son las cartas tan débiles medios! ¿Quién sabe si no estamos destinados á pasar nuestra vida los unos lejos de los otros? ¡Así, cuando pienso en vosotros, vosotros, los únicos en quienes confío, sufro todavía más al considerar que sólo os encontré á vosotros y os pierdo!

París, 16 mayo, á la una.

Todavía esperé dos días para ver si venía algo—pero en vano. Voy pues, á acabar esta carta bien ó mal—sin decirte más majaderías, pero no pensando menos.

No sé si ignoras que el señor Chaillan se encuentra aquí hace cerca de un mes. ¡Se da importancia, el bello joven! ¡Va á pintar al Louvre, el gran artista! En verdad no hay como los imbéciles que están contentos de sí, se admiran de buena fe, y juran que nada hay más fácil que hacer una gran obra.

¡Chaillan en el Louvre! ¿qué piensas, tú que le conoces? ¿No es una verruga en un hermoso semblante, un montón de porquerías en un entarimado encerado? ¡Chaillan en el Louvre! que el diablo me lleve; si esto no es talento, lo califico de descaro.—La otra noche me aburría soberanamente y me dirigí hacia el nuevo alojamiento que ha elegido para su augusta persona, en una calle estrecha, en un caserón infame, alto, frío y de mal gusto. Atravesé una tienda sucia, subí cuatro tramos de una sucia escalera. Llamé. Eran las nueve de la noche; fué un hermoso domingo que por casualidad había visto brillar el sol y veía centellear las estrellas. Llamé otra vez; silencio completo, después un *quién es* seguido de un *empezaba á dormirme*. ¡Dormir á esta hora, en un día de fiesta, cuando la noche está tan clara y dulce! Descendí á los cuatro estados de asombro. En fin,

el bello Chaillan salió á abrirme, cubierto con un soberbio gorro de algodón y la boca partida por una inconmensurable sonrisa. Me enseñó una copia del *Descendimiento de la Cruz*, de Rubens. ¡Chaillan—Rubens! esto es triste, te respondo de ello, muy triste. Afortunadamente era de noche y no pude darme cuenta de todo el horror de este pequeño lienzo. Con un aire modesto: «Esto—me dijo—no es más que un bosquejo á grandes rasgos, sin pretensiones; lo acabaré más tarde; lo corregiré.» ¡El inocente! Conozco esta comedia que todos representan delante de su obra que se ha cuidado tanto, que se soñó con tanta frecuencia y (que se dá en seguida como un sencillo esbozo, como un simple cañamazo trazado en breves minutos sobre la tela ó sobre el papel.—Otra copia se balanceaba en un clavo; pero ésta, verdadero esbozo, ofrecía una tal y tan informe mezcolanza de colores que no pude comprender ni lo que aquello era ni lo que podía acabar de ser. Me ha divertido en grande este grave mozo, con sus reflexiones, sus sorpresas y su *hombria de bien*. Reiría todavía si hubiésemos estado los dos juntos; ¿no te acuerdas de su cuarto de Aix y del retrato que te hiciera *gratis*? Esta sola palabra le pinta de cuerpo entero. Fuí arrojado de su boardilla por un olor poco agradable que de ella se exhalaba; me encuentro todavía en una gran perplejidad respecto á este vapor acre de una hediondez *sui generis*. ¿Procedía de un orinal? ¿Procedía del mismo cuarto? ¿Procedía de...? Realmente es el problema más arduo con que he tropezado en mi vida.

En estos momentos se encuentra en París otro hijo de Aix; es éste tu primo Alberto Coupin. Habiendo sabido su dirección, calle de Plâtre, 13, fuí el sábado de Pascua. Está en casa de un negociante, en una fábrica de sombreros, y le encontré golpeando con toda su alma una piel de conejo. A pesar de la promesa que nos hicimos de volvernos á ver, no he vuel-

30861

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1926 MONTERREY, MEXICO

to más; uno de estos días, sin embargo, pienso ir á estrecharle la mano.

El tiempo es muy desigual; un día está raso y otra llueve, he ido á vagar bajo las umbrías de Saint-Cloud, de Saint-Mandé y de Versailles; estos lugares son encantadores, salvajes á trechos, y por lo mismo pintorescos. Una buena pipa en la boca y un sueño dorado en el cerebro, y se puede pasar muy dulces ratos. Iremos á visitar estos bosques el año que viene, cuando estés aquí. ¡Y qué miércoles y qué domingos te tocarán! Este será para mí un tiempo de alegría loca en comparación al tiempo presente. Te tendré junto á mí; no desespero de traer á Cézanne. ¡Oh, qué hermosa, qué hermosa vida nos daremos!

Anoche estaba en mi ventana del primer piso, ventana que da á la calle. Miraba á la multitud que pasaba ruidosa y apresurada. Serían las diez. De pronto vi que se acercaban dos hombres ebrios gritando y gesticulando: «¿Ves tú?—decía el uno—yo te daría diez mil francos, si los tuviese. Tú eres un hombre de honor y yo soy tu amigo.» Y dicho esto se abrazaron lagrimeando y estrechándose hasta sofocarse. No es nada asombroso que la borrachera, en la mayor parte de los casos despierte los buenos sentimientos. ¿No has observado, que en estos momentos, el egoísmo y los cálculos interesados desaparecen y que son instantes de efusión y generosidad? Se pierde la razón—me objetarás. Concedido; pero diríase que la que se pierde es la parte de razón mala, aquella que da el trato de los hombres. Se es todo corazón, se es franco, risueño; en una palabra: el hombre ebrio, perdiendo el sentimiento de los peligros, perdiendo la facultad del disimulo, frutos de las relaciones entre los hombres civilizados, vuelve al estado natural, tal y como le crió Dios, sino que su pensamiento está obs-curecido. ¡Bebamos, pues, y de lo mejor!

Acabo esta carta, que no es de las más interesantes, acusándote una vez más de perezoso. Quiero mostrarte,

en el mes de agosto, el número de cartas de Cézanne, y te haré enrojecer de vergüenza comparándolas con las tuyas.

No importe; te estrecho la mano muy afectuosamente.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Mi nueva dirección es calle de San Víctor, 35.

Si me hubieses escrito por casualidad y estuviese mal puesta la dirección de modo que el correo no me haya traído tu carta, dímelo para ir á la oficina de reclamaciones.

París, 2 de junio de 1860.

Mi querido Baille:

Aun no he podido encontrar tu antepenúltima carta extraviada, sin duda, en el correo. Me contento, pues con contestar á la del 24 de mayo. Es, desde luego una tarea harto pesada.

De los reproches que te dirigía, me veo forzado á retirar parte, por tu indisposición y por la carta perdida. He maldecido siempre con todo mi corazón los ejercicios gimnásticos; pero después de tu accidente, siento más animadversión contra ellos. ¡Ocasionarse una herida, un sufrimiento para toda la vida, por el gus-tazo de trepar á un trapecio! Mi pobre viejo, te compadezco y, al mismo tiempo, siento un poco de cólera contra ti.

Me hablas de *Indiana*, y haces un ligero análisis de ella; después, tratas de ver el pensamiento que ha dado vida á esta obra. Creo que la has leído con demasiada rapidez para comprenderla bien. Era muy joven cuando la devoré como tú, pero según recuerdo, no dejó en mí más que una impresión penosa. Jorge Sand reconocía que la felicidad no puede existir en el matrimonio, y que un amante es tan incapaz de

darla como un marido. ¿Cuál es entonces la suerte de esta Indiana, de esta mujer de la cual es ella la personificación? Desgraciada en el matrimonio, desventurada en amor, que siga siendo fiel ó que acabe por ser adúltera, no encuentra en ninguna parte más que lágrimas y sollozos. ¿No es desconsolador? Un oasis donde descansar, dos abismos tan profundos, tan negros el uno como el otro, y para mayor infortunio, casi siempre los dos juntos. Todo el mundo sabe que Jorge Sand no es partidario del matrimonio; por eso nada es tan terrible para mí como ver á esta autora negando el amor fuera del matrimonio; esto es negarlo todo, desconsolar á los corazones de veinte años. Como no tengo muy presente en la memoria el libro de que te hablo, es muy posible que me equivoque. Sin embargo, creo resumir el pensamiento del escritor repitiendo que, mostrándonos desde luego los celos del marido y en seguida el egoísmo del amante, nos hace ver cuán pequeños son los hombres al lado de las mujeres, exalta á las últimas y saca por consecuencia que sólo ellas saben amar. Solamente—y aquí está lo penoso del drama—poniendo á la mujer en un alto pedestal, la eleva sobre la baja muchedumbre, la aísla por lo mismo y la hace llorar sobre su soledad. Creo recordar ahora, que la Indiana acaba por encontrar un amante digno de ella; pero este desenlace, dado probablemente para contentamiento del lector, no es posible que haga olvidar lo que sufre la Indiana con Raimundo; no queda uno menos triste y desconsolado.—Además, volveré á leer el libro y te hablaré de nuevo. Llego ahora á la parte capital de tu carta. Guardaría silencio, si sólo hablaras de mi insignificancia; pero al juzgarme como lo haces es juzgar á toda la escuela lírica moderna. No es porque me compare ni por un instante con nuestros maestros, ya que no he producido nada, sino porque parece que atacas más á la poesía lírica en general que á mis ramplones versos en particular. Cuando se juzga á un

hombre se debe tener en cuenta necesariamente, la época en que ha vivido, y las ideas que le acogieron al salir de su infancia. Has comprendido perfectamente esto y has trazado de mí un retrato de un poeta del siglo XIX. ¡Cómo!—dirás tú—¿con todas las censuras que te he dirigido, pretendes que hice un retrato de un Musset, de un Lamartine, de un Víctor Hugo? En verdad que sí: lo que dices, se les ha dicho con demasiada frecuencia y más duramente todavía. Por mi parte encuentro que tu crítica á mi manera de pensar, no es en modo alguno severa; toda mi excusa está en los tiempos en que vivimos. Nuestro siglo es un siglo de transición; saliendo de un pasado aborrecido, marchamos hacia un porvenir desconocido. Como somos franceses, es decir, impacientes por excelencia, nos apresuramos. Así, pues, lo que caracteriza á nuestro tiempo es este fuego, esta actividad devorante; actividad en las ciencias, actividad en el comercio, en las artes, en todo. Los ferrocarriles, la electricidad aplicada á la telegrafía, el vapor haciendo mover los navíos, el aerostato lanzándose á los aires. En lo que se relaciona con la política es todavía peor: los pueblos se sublevan, los imperios tienden á la unidad. En la religión todo está debilitado y desordenado; á este mundo nuevo que nace, le hace falta una religión joven y vivaz. El mundo se precipita en el sendero del porvenir, corriendo y ansioso de ver lo que le espera al fin de su recorrido. ¿Qué hará, pues, el poeta? ¿Será el novelista del siglo XVI fustigando sin piedad los vicios de su tiempo, bebiendo fresco y burlándose de Dios y del Diablo? ¿Será, acaso, el trágico del siglo XVII, llevando peluca y componiendo matemáticamente sus alejandrinos dos á dos? ¿Será, por fin, el filósofo del siglo XVIII, negándolo todo, á fin de negar el derecho divino que invocaban los reyes, haciendo bambolear la antigua sociedad para hacer germinar una nueva sobre sus escombros? No; lo que se hizo en

tiempos pasados, no tiene razón de ser; pero seríamos perfectamente ridículos al levantarnos como momias de sus tumbas, y declarar á la multitud embobada con burletas lo que ella no comprendería. Y, aun cuando quisiéramos renegar de la fecha de nuestro nacimiento, no podríamos; el poeta puede tomar prestado el estilo de Rabelais, de Corneille, de Voltaire; pero la idea será siempre moderna. Existirán constantemente estos fervores hacia Dios, estos gritos de un alma que pide con lágrimas en los ojos la santa creencia de los tiempos evangélicos, el santo amor de la mujer; existirán eternamente estas blasfemias de un corazón ulcerado por la duda, y que renegando de todo aquello que hay de puro y de santo, investigue con angustia para recibir un desengaño. Existirá siempre este poeta que cogiendo la pluma en la infancia, no dedicándose á la literatura con un tratado de retórica si no con las heridas de su corazón, librándose de los pedagogos que no son de su tiempo, relata sus caras visiones con una sublime ignorancia. Existirá incesantemente este poeta interrogante de lo futuro, divagando y perdiéndose por las calles para ir á mendigar el gran mal al Señor, aglomerando utopías sobre utopías, siempre devorado por su febril actividad. Del mismo modo, yo iré más lejos; la pereza soñadora, estos momentos en que se sueña á medias, mirando cómo las nubes se deslizan, ¿qué son sino el resultado de esta actividad de que te hablo? Será demasiado largo de escribir lo que se siente, se prefiere soñar (hablo con conocimiento de causa). He ahí lo que son los poetas de nuestro siglo; he ahí nuestra escuela lírica. Hablo de todos, de los buenos como de los malos, de los que escriben como de los que no escriben.—Vosotros, colegas, tenéis este gran defecto, el de no estar en vuestro tiempo. No vivís en el pasado porque, cuando abandonáis los bancos de la escuela quedáis asombrados de nuestra manera de desenvolver. Sabéis á maravilla lo que se hacía ba-

jo el reinado de Francisco I, pero lo que se hace bajo Napoleón III es otra canción. Los espíritus jóvenes suben pronto la pendiente común, pero los espíritus incrustados en un trabajo bestial, gruñendo siempre como osos de mal humor lamentan esto, critican aquello y exclaman siempre: «¡Ah! ¡los tiempos pasados!» ¡Los estúpidos! ¡desdeñan nuestra época buena y santa! Cuando la madre lleva todavía en su seno á su hijo se inclina uno ante ella; inclinaos vosotros entonces, brutos, ante nuestro siglo lleno de promesas para vuestros nietecitos.—No digo esto por tí; estoy muy lejos de ello; no serías amigo mío si te parecieras á ciertos sabios cuadrúpedos á quienes conozco.

Ya ves que tus represiones no me han ofendido en modo alguno; me has dicho que soy de mi tiempo, y es la verdad y te doy gracias por ello. No me embozo en mi ignorancia como un mendigo español en su capa agujereada; no es que piense que Musset ignoraba como yo el francés y la ortografía; sería un orgullo necio. Por el contrario; sigo siempre en la idea de estudiar á fondo la gramática, la historia, etcétera. Pero un sabio necio es más necio que un tonto ignorante, y si hay necesidad en mí, prefiero más ser ignorante que sabihondo. Por otra parte la ciencia no es mi ocupación; es un fardo pesado difícil de llevar sobre las espaldas. Te repito que toda mi ambición se reduce á conocer la gramática y la historia. ¿Qué me queda que hacer? Prefiero sacarlo todo de mí á sacarlo de los demás.

Respecto á tu reproche, tan á menudo repetido, de que no amo á los clásicos, no lo merezco en forma alguna. Ya te dije, repetidas veces, que admiraba mucho á esos señores porque amo lo bello allá donde se encuentre. Los he leído algunas veces y he juzgado sus obras. Me acusas de sistemático y no tienes razón; nada es menos sistemático que mi espíritu, y por eso precisamente no he podido sufrir nunca á los

pedantes, reproche, yo diría alabanza, que merezco completamente.

Me acusas de no tener la sangre fría del buen sentido y de la razón. Estas palabras son demasiado elásticas y no las comprendo perfectamente bien; por otra parte, te remito á lo que antes te dije sobre los poetas.

En seguida abandonas el poeta para dirigirte al hombre. Me acusas de no haber mirado á la realidad con valentía, de que no me creo una posición que se pueda confesar. ¡Pobre viejo mío! hablas como un muchacho. La realidad; pero es que la realidad no es más que una palabra para tí. ¿Dónde la has encontrado? ¿Dónde has tropezado con ella, tú, siempre en un colegio, seguro por la mañana de tener pan para la noche, tú, que marchas derecho á un fin real, y que los sueños no te extravían desde hace mucho tiempo? ¡La realidad! En verdad que sí; yo la conozco y tú no haces más que hablar de ella. Te pareces á aquel ciego que indicaba los tropiezos del camino á su compañero que tenía dos buenos ojos. Además ¿por qué he de estar conforme contigo? No puedes juzgarme más que por mis cartas, por estas cartas tan queridas en las que sueño y en las que vivo. No sabes la lucha que sostengo en mi interior; ignoras el partido que voy á tomar. El reidor, el poeta, he ahí lo que vosotros veís, amigos míos, pero el hombre ha estado hasta aquí escondido, tal vez por amor propio, quizá por otras razones. A tí, mi mejor amigo, á tí y á Cézanne, os lo diré todo en su día, pero tened entendido el uno y el otro, que no soy el aturdido que creéis, que no tomo un partido hasta después de haberlo reflexionado largamente, que la realidad me ocupa todo el día y que no sueño más que para distraerme. Por otra parte, no te lo ocultaré, lo que quiero es una posición que pueda permitirme soñar cómodamente. Tarde ó temprano volveré á la poesía, lo que deseo es librarme de ser una carga para nadie y poder comer un pedazo de pan y beber un vaso

de agua. Me hablas de la falsa gloria de los poetas; les llamas locos y exclamas que no serás tan tonto como los que por ir á buscar un aplauso mueren en una boardilla. Ya te había dicho en una de mis cartas una cosa que hubiera debido impedirte lanzar de nuevo esta blasfemia. ¿Crees, pues, que el poeta no trabaja más que por la gloria? ¿Te figuras que no se lanza á cantar más que por ese móvil? No; él toma su lira en la soledad, pierde de vista este mundo y sólo vive en el mundo de los espíritus. Si tal es su vida ¿por qué ridiculizarla? ¿por qué acusarle de locura? Te contestará que no le comprendes, que no eres poeta y tendrá razón. Quiero vivir dichoso; he ahí mi eterna divisa. Oh! ¡Dios mío! todo el mundo quiere vivir dichoso; tú tienes tu felicidad; el poeta la suya: cada cual marcha hacia donde Dios le llama; el cobarde es el que se lamenta de las espinas y se niega á avanzar.

Bien entendido, que nuestros distintos modos de ver no debilitan nuestra amistad. Me conoces y sabes que no soy un presumido. Sé lo que quiero, y no he pretendido nunca enderezarme sobre la punta de los pies. Así, aunque combato punto por punto las ideas contenidas en tu última carta, no es que encuentre tu crítica demasiado severa, ¡oh! nada de esto. Me elogias, me llamas poeta, y no soy más que un pobre soñador. Es sencillamente que nuestras ideas no son las mismas. Te respondo francamente como amigo, no temiéndote ofenderte y seguro de que mi franqueza no será tomada por tí por irritación.

Estoy acusado y obligado á dejar este asunto. Contaba con responder frase por frase á tu carta y me veo forzado á guardar silencio sobre no pocos puntos. Me contentaré con agregar que he leído á Labruyère y que le admiro tanto como tú.

El viejo Cézanne me dijo en algunas de sus cartas que te desea felicidades. Me pide tu dirección para

escribirte bastante á menudo. Me ha asombrado que no la sepa y esto me prueba, no sólo que no te escribe sino que tú guardas para él el mismo silencio. En fin como esta es una demanda que muestra sus buenos sentimientos, le he dado gusto. He ahí, pues, un enredillo que pasa al estado de leyenda.

Mi vida no es tan triste como la de ayer. No me encuentro tan solo, salgo un poco más, en fin, soy más activo y menos soñador. Creo que los malos tiempos acabaron para mí. Se aproxima el mes de septiembre, mes durante el cual espero verte en París: por otra parte Cézanne puede venir y nuestro trío resultará completo. He tomado una firme resolución que te diré cuando la haya puesto en práctica.

Chaillan te saluda. Debe hacer mi retrato, desnudo, con poca ropa, sosteniendo una lira antigua y con los ojos fijos en el cielo. Me preparo á reír á carcajadas. Me propones escribirme una carta sobre el estilo; la acepto con toda mi alma, y te la suplico tanto más cuanto que estas cuestiones son sobre las que más tiempo he soñado. Entretanto, brota tú de la gracia, como dice Cézanne: bebe, fuma, ríe y todo será para el mayor bien del mejor de los mundos posibles. Te estrecho la mano. Mis recuerdos á tus padres.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Esta carta está completamente enredada; tanto peor. Había preparado un nuevo artículo sobre el amor, te lo enviaré más tarde.

UNIVERSIDAD DE NIZA
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO R."
Apdo. 1025 MONTECARLO

XI

París, 10 junio 1861.

Mi querido amigo:

Sufro desde hace algunos dias un rudo ataque de *spleen*. Esta enfermedad ofrece en mí dos caracteres

singulares. Abatimiento mezclado de inquietud, sufrimiento físico y moral. Todo me parece cubierto por un velo negro; no estoy bien en ninguna parte; yo exagero tanto el dolor como la alegría, á más de una indiferencia casi completa por el bien y por el mal, mi vista turbada es incapaz de juzgar. Y en fin un fastidio inconmensurable decolora y desflora todas mis sensaciones; un fastidio que me sigue por todas partes, haciendo mi vida pesada, anulando el pasado y soliviantando el porvenir. Cuanto más avanzo más claramente veo mi malaventurada posición. Resuelto á hacer cualquier trabajo para vivir, no encuentro este trabajo. No basta el dolor de haber dicho adiós á la vida que yo soñaba, falta todavía que la realidad no se burle de mí cuando me someto á ella. ¡Pobre pájaro que consentirá en dejarse cortar las alas, y que, cumplido el sacrificio, vacilará sobre sus patas y no podrá marchar! ¡Además, si encontrase un empleo, un camino de travesía para llegar á mi fin! ¡Cuántos obstáculos hay que vencer en esta lucha diaria! Desempeñar su papel de máquina, trabajar durante el día por el pan, y después, en los momentos perdidos, volver á la Musa, trabajar por crearse un nombre literario, es, en verdad el sueño más irrealizable que he podido tener! Confesaré, sin embargo, que no es esta existencia de lucha sorda la que me horroriza. Mi tormento diario lo produce el ver que hasta aquí fueron vanos mis esfuerzos; decidido á aceptar la primera plaza vacante, tiemblo ante la idea de que esta colocación me encierre completamente, que exija todas mis horas hasta aquellas que destino á mi Musa. Este vago temor á lo desconocido me turba, es en cierta manera la causa del *spleen* de que te hablaba hace poco. Se junta á esto no sé qué enfermedad física, sobre la cual no me ha contestado ningún médico de una manera satisfactoria. Mi sistema digestivo está profundamente alterado. A veces me comería un buey, y poco después el alimento me produce